

LA VICTORIA

Semanario de Béjar

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

REDACCIÓN: Sánchez Ocaña, número 2.
ADMINISTRACIÓN: Sánchez Ocaña, 2.
La correspondencia administrativa á la Administración, la demás á la redacción.

ADVERTENCIA.

No se devuelven los originales después de su publicación.
Se dará noticia, si lo merecen, de las obras que se nos remitan.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

EN TODA ESPAÑA, un mes.	0'50 pesetas
En id. id. trimestre.	1'50 >
En id. id. un año.	5'00 >
Pagando un año anticipado.	5'00 >
Anuncios y comunicados á precios convencionales	

EL CAPITAL y el Trabajo

Si el trabajo es el ejercicio de la actividad humana para la producción y el capital es el producto del trabajo ahorrado y aplicado á una nueva producción, fácilmente se echa de ver su parentesco, por ser éste hijo de aquél y favorecerse mutuamente.

En nada perjudica un obrero al trabajo de los demás, con el ahorro que haga de lo sobrante de su salario, si, mientras otros gastan lo que ganan, el primero se priva del teatro, del fumar, etc.; porqué, si el resultado de estas privaciones lo lleva, por ejemplo, á una caja de ahorros, y con el tiempo logra formar un capitalito, que se aumentará al aplicarlo á la producción, y consiguientemente se pondrá al frente de una industria de la que al fruto de sus ahorros, no sólo el trabajo no perderá en ello, sino que por el contrario la nueva industria, taller, etc., que dirija por su cuenta, empleará á su vez á otros obreros, saliendo así el trabajo doblemente favorecido por el capital suyo y el de los otros.

Además, ¿quién duda que el trabajo sin el capital apenas si produciría, y el capital sin el trabajo tampoco sería apto para producir? ¿Qué haría, por ejemplo, el carpintero sin azuela, sierra, martillo, etc? y la azuela, la sierra, el martillo, etc., son capital, que el carpintero adquiere con el producto de su trabajo.

Y lo mismo podemos decir de las herramientas, útiles é instrumentos de todos los oficios, artes é industrias: todos ellos son capital, que se necesita para producir; luego el trabajo sin el capital no produce.

Nada digamos de las grandes industrias, para cuyo desarrollo faltaría al simple trabajador medios con que adquirir las primeras materias, los edificios y las máquinas, todo lo cual es capital indudablemente.

En fin, que el trabajo sin el capital, lo repetimos, apenas si produce; casi podemos decir que no produce.

Y no es más privilegiado el capital que el trabajo; sin el trabajo, tampoco produce el capital.

Guarde enhorabuena allá en sus arcas una fortuna el capitalista, para una producción que tiene ideada; el capital así guardado nada producirá.

Es necesario que este capital reciba el auxilio del trabajador, para que produzca, á la manera que es preciso use de los aperos de labranza al labrador, para que aquéllos sirvan á la producción.

El capital por sí solo no produce, como el arado no ara sin el trabajo del labrador, ni da tejidos de sí mismo un edificio-fábrica, si en él no se oyen los artefactos movidos y gobernados por el trabajador.

Pero aún más: con la abundancia de capitales es más fácil el acceso á los mismos por el trabajador, pues se abaratan, es menor el interés que por ellos se exige, y se aumentan las industrias, con lo cual, aumentándose la demanda

de trabajadores, se aumenta también la remuneración del trabajo ó el salario.

Luego entre el trabajo y el capital hay económicamente armonía.

Z. y A.

Traductores

De un artículo, que el erudito *Sansón Carrasco* ha publicado en nuestro queridísimo compañero *El Siglo Futuro*, entresacamos lo siguiente:

«Del galicismo de Luis XIV tradujeron Macanaz y el primer Borbón su regalismo y su cesarismo; del italiano Tanucci, del portugués Pombal y del francés Choiseul tradujo Aranda la expulsión de los jesuitas; del enciclopedismo francés tomaron Arandas y Moñinos, Campomanes y Azaras, Urquijos, Caballeros y Godoy los gérmenes de la revolución que puso á España en manos del liberalismo.

La Revolución francesa, para el fondo, y los tratadistas del derecho público inglés, para la forma, fueron los libros de texto que manejaron y tradujeron todos nuestros políticos liberales, desde Argüelles, Toreno y Martínez de la Rosa, hasta los progresistas, moderados y unionistas, que vinieron detrás, y lo mismo la revolución de Septiembre que la restauración de Cánovas del Castillo, que sólo añadió algunas teorías absorbentes que ya el Conde-Duque de Olivares había tomado de su rival Richelieu.

De la filosofía alemana, y del más mísero de los filósofos alemanes, tradujeron Sanz del Río, Moraytas y Salmerones los esperpentos krausistas que atiborraron los cascos y desconcertaron la lengua de nuestras modernas generaciones filosóficas.

De Bastiat los Figuerolas y Moret, y de Proudhon Pi y Margall, tradujeron los fundamentos económicos que tan ricos y prósperos nos han puesto, hasta que sus continuadores se han puesto á traducir á Carlos Marx y Federico Engels, y aún á Bakunin y Most, para acabar de hacernos felices.

Del francés tradujeron códigos penales los moderados y Montero Ríos, el código civil Alonso Martínez, y todas las leyes civiles, políticas y administrativas, con que han borrado nuestras seculares y cristianas tradiciones.

Ni una idea, ni un procedimiento, nada tiene el liberalismo español que no sea traducido, á no ser la costumbre de hacer leyes y no cumplirlas sino á gusto y en provecho del propio cosechero, que en eso sí exceden y dan quince y raya los liberales españoles á todos los del mundo.

Pero el afán de traducir é importar crece y aumenta en nuestros liberales de día en día.

Lo mismo es dar la consigna los poderes ocultos y judaicos que rigen los movimientos de la república francesa, aún no ha acabado de cumplirla el gobierno francés, y ya hay aquí quien la está traduciendo y sustentando.

En cuanto Waldeck Rousseau comenzó la caza y batida de las Ordenes religiosas, ya estaban aquí Romero Robledo y Canalejas en el parlamento, González en el ministerio, Salmerón en el Tribunal Supremo, Pérez Galdós en el teatro, las turbas aguilerescas (según Ugar-

te) en las calles, mal traduciendo las teorías y apedreando bien Iglesias y Conventos.»

DIOS Á BORDO

Éra un domingo de Septiembre, en uno de nuestros puertos del Oeste, el antiguo y célebre Tréport, puerto de los más favorecidos por *les bons bourgeois* de París.

La brisa, ya muy viva por la mañana, se transformó de pronto en vendabal, las olas se embravecieron y, al romperse contra los estribos del viejo muelle, lanzaron sobre los veraneantes sus penachos de espuma.

Pero aquéllos, atraídos por la grandiosa belleza del espectáculo, no se retiraban.

Bien pronto una ansiedad vivísima reemplazó á los transportes de admiración y á las risas y bromas con que los alegres parisienses celebraban cada vez que el chaparrón salado les inundaba.

Las barcas, cargadas de los pasajeros que, deseando disfrutar de las impresiones marítimas, desafiaron el mareo, volvían al puerto.

Amontonados en el muelle, contemplaban los curiosos la habilidad con que el timonel y el marinero, que llevaba la escota, verificaban la difícil maniobra de introducirse en el canal, á pesar de la furia de la tormenta.

Y todas las barcas habían efectuado afortunadamente ese *tour de force*, excepto la última de la pequeña flotilla.

Debía haber sufrido más que las demás, pero el vigor y buena maña de sus remeros la mantenían á flote, cuando una ola monstruosa, levantándola con fuerza irresistible, la lanzó á estrellarse contra el muelle.

Un grito de terror se elevó; pero la presencia de ánimo de aquellos curtidos marineros impidió la catástrofe.

Los remos se hicieron pedazos, pero la *Juana María* estaba salvada.

Como el accidente no tuvo un fin trágico, los alegres parisienses, al volver á la ciudad, no hablaban ya del suceso.

Sin embargo, dos trepotesas, mujeres de marinos, iban delante de mí, y oí á la más anciana decir á la más joven:

—Ven, hija mía, que no hay por qué tener miedo. Este año no podía suceder una desgracia á Couvien ni en la *Juana María*. Ya te acordarás... Esa barca llevó á Dios á bordo.

«¡Dios á bordo!»...

Esa frase (se convendrá conmigo) era para llamar mi atención; así fué que, quitándome mi gorro blanco de bañista, pregunté á la mujer qué quería decir.

Pero mi pregunta le desagradó sin duda, porque, después de examinarme un momento, me respondió bastante bruscamente:

—¡Bah! si os lo dijéramos, os burlaríais de nosotras. Vosotros, los señores de París, no creéis en nada.

Y apretó el paso arrastrando á su compañera.

Pero mi curiosidad debía ser muy pronto satisfecha.

Al continuar mi paseo por Tréport, y subiendo la rampa que conduce á la iglesia, deliciosa flor del arte gótico, me encontré con el segundo vicario, y me apresuré á preguntar

